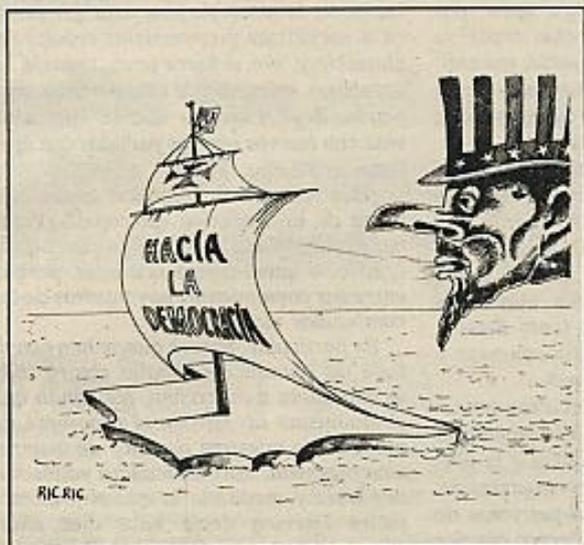


LIBROS

La comunicación, al servicio del imperialismo

"Si el libre cambio es el mecanismo por el cual una economía poderosa penetra y domina a otra más débil, la 'libre circulación de la información' es el canal a través del cual es posible imponer sistemas de vida y de valores a las sociedades pobres y vulnerables".



En el mundo de los satélites espaciales y de comunicaciones, de la TV por cable y del diario teletransmitido a domicilio, en esa "aldea global" de la que nos habla McLuhan, la anterior afirmación de Herbert Schiller en "Comunicación de masas e imperialismo yanqui" (1) cobra toda su importancia y significación.

No necesita ya el nuevo imperialismo del recurso continuado a la fuerza militar para abrir paso a sus productos e imponer un modelo cultural y un sistema de valores capaces de justificar y afianzar el nuevo mercado. Si

(1) "Comunicación de masas e imperialismo yanqui". Traducción de Caroline Phipps. Editorial Gustavo Gili. Posteriormente a esa edición salió otra con el sello de Ramón Akal.

nos preguntamos por el origen de la mayoría de los mensajes que en este momento circulan en el mundo —desde las simples noticias periodísticas hasta los films, las series televisivas, los espacios culturales y, por supuesto, los publicitarios—, nos encontraremos con que o bien son directamente norteamericanos o han sido financiados con capital norteamericano. Y a poco que escarbásemos, veríamos además que incluso los mensajes más aparentemente inocuos reflejaban una ideología que podría estar inspirada por el mismísimo Henry Ford.

Pero que el nuevo imperio pueda extender continuamente su dominio utilizando la "libre circulación de informaciones" no significa que los Estados Unidos no tengan necesidad tam-

bién de una fuerza militar para garantizar y ampliar su hegemonía económica. Los Estados Unidos tienen, nos recuerda Schiller, 150 bases estratégicamente situadas fuera de sus fronteras. En relación con este sistema militar a escala planetaria, los modernos medios de comunicación cumplen una segunda función tan fundamental como la primera. Así, por ejemplo, gracias a los nuevos inventos tecnológicos, como los satélites de comunicación —explotados además por capital norteamericano fundamentalmente—, cualquier señal lanzada a las ondas podrá ser captada de inmediato en el lugar más apartado del planeta. Bastará así una orden transmitida vía satélite desde los centros de decisión de Washington para

que, en cuestión de segundos, entren en acción las fuerzas norteamericanas en el otro extremo del mundo y sofoquen cualquier conflicto local que pueda suponer una amenaza para el "statu quo" de la zona.

Esta posibilidad de utilización de la nueva tecnología al servicio de la contrainsurrección, unida a otros posibles usos alternativos como el espionaje o la propaganda política, explica el interés que siempre ha mostrado el "establishment" militar por controlar el sistema de comunicaciones y especialmente las espaciales.

En "Comunicación de masas...", Schiller pone al desnudo, con profusión de datos y de citas oficiales, el tinglado industrial-militar-tecnológico que está en la base del actual imperialismo norteamericano. El autor denuncia sin ambigüedades la progresiva invasión del escenario de las comunicaciones por los Departamentos de Estado y de Defensa norteamericanos, así como por el Pentágono, que se reservan una parte cada vez mayor de las frecuencias disponibles gracias a su participación directa en los organismos responsables como el IRAC (Comité Interdepartamental de Asesoría Radiofónica) o el Sistema Nacional de Comunicaciones.

Esta dependencia del estamento militar es una fuente de beneficios para la industria electrónica, que vende al Gobierno una parte de su producción total que llega al 70 por 100 y que se utilizará en todo tipo de operaciones para el mantenimiento del "statu quo" en las zonas donde las condiciones socioeconómicas —la pobreza y las desigualdades— podrían provocar convulsiones violentas. Todo ello es tanto más escandaloso por cuanto esa misma industria electrónica posee una participación cada vez mayor en el sector informativo —cadenas periodísticas, emisoras de radio y TV, agencias de noticias—, sector donde a pesar de todas las leyes anti-"trust", la tendencia monopolística alcanza extremos que ponen en entredicho la tan cacareada "libertad de información" de Occidente. ■ JOAQUIN RABAGO.

Los próximos diez mil años

Problemas sin cuento han surgido en el mundo actual después de las concepciones inge-

nuas sobre el progreso técnico de la sociedad inventadas en el siglo XIX, y que han tenido consecuencias muy negativas sobre la situación humana hoy y —sobre todo— sobre el porvenir del hombre.

La obra de Berry (1), mucho más viva que la de Moerman y también más amplia en cuanto a los temas abordados, será leída con apasionamiento porque analiza con cuidado científico y perspectiva proyectiva los dinámicos —positivos y negativos— que están dirigiendo ciegamente el mundo.

Se ha criticado en la época contemporánea la planeación porque parecía que el liberalismo era el culmen de la postura civilizadora, y ahora pagamos sus consecuencias casi irreversibles porque los males que inciden sobre los hombres actuales son para ellos irreparables ya. Sólo tendrán solución para el porvenir, y para eso haría falta un nuevo sentido de la solidaridad humana, a plano nacional e internacional, del cual hoy por hoy carecemos.

La explosión demográfica, el primero y más importante de los problemas planteados en estos dos libros, lleva a situaciones que deben hacernos pensar. La Humanidad, por ejemplo, ha tardado todo su tiempo de existencia (cuatro millones de años desde el "homo habilis" de Leakey o setenta mil años desde el "homo sapiens") en llegar a 4.000 millones de seres humanos, y —en cambio— sólo en treinta y siete años se conseguirán otros 4.000 millones de habitantes, duplicándose la población existente hoy.

Es curioso conocer que hay una cierta compensación equilibradora en este proceso demográfico, según las experiencias hechas con animales que autolimitan su natalidad al llegar a determinadas cifras de desarrollo numérico de los individuos en espacios limitados. Pero no es así —por impulsos más o menos inconscientes— como habrá de proceder el ser humano: el hombre debe usar de su razón y utilizar procedimientos técnicos, eficaces e inocuos, para regular la natalidad.

Problemas en torno a esta explosión y su regulación se exponen en el libro de Moerman, que fue redactado en vistas a la Conferencia de Bucarest sobre la población, y en él los aspectos demográficos, médi-

(1) Adrian Berry: Los próximos diez mil años. Alianza Editorial, 1977. J. Moerman: El problema de la población. Ed. Verbo Divino, 1976.



Diez mil millones para el siglo XXI.

cos, familiares y éticos son estudiados ampliamente.

En cambio, Berry dedica sólo una parte de su obra a este punto, haciendo un juicio prospectivo muy interesante, ya que prevé que en el siglo XXI la población mundial se estabilizará en los 10.000 millones de habitantes. En el resto del libro trata otros temas no menos atractivos, dentro de su método de análisis proyectivo de la realidad por venir y teniendo en cuenta los fracasos en las predicciones hechas en el siglo pasado, y principios de éste, sobre ciertos desarrollos técnicos, como el teléfono, el ferrocarril o las naves aeroespaciales, hallazgos que no comprendieron los científicos, sociólogos o economistas, ya que no pensaron que fuera posible su adaptación al nivel humano.

Computadoras, desarrollo cósmico, nuevas naves espaciales, lugares siderales habitables, en una palabra: un profundo desarrollo tecnológico es necesario para el futuro, lo exige la misma dinámica del progreso

porque el hombre nunca se ha podido conformar con el "buen salvaje" de Rousseau. Lo único es que este proceso debe ser gobernado —y hoy no lo es— por una "razón vital", como pedía Ortega a los hombres de su tiempo sin quizá darse cuenta de toda la importancia que tiene que el hombre tenga no una razón fría, sino humana; no abstracta, sino concreta y vital.

Las curiosas reflexiones dedicadas a Dios en el libro de Berry probablemente dejarán desconcertados —por razones contrarias— a ateos y creyentes convencidos de su fe religiosa. Pero está latente en todas ellas la necesidad de un replanteamiento a fondo, radical, de la concepción de Dios. Y yo pienso que creyentes y no creyentes debían conocer mejor la postura intelectual de los grandes místicos como Eckhart, que podrían dar pautas de futuro a esta transformación de la concepción de Dios, a esa revolución cultural que en lo religioso se hace imprescindible porque la mayoría de las imágenes y conceptos acerca de Dios se han quedado anacrónicos y propios de un desarrollo mental infantil y pre-científico. ■ E. MIRET MAGDALENA.

El voto de la mujer

"Nuestra mayoría electoral es aún superior a nuestra mayoría numérica, puesto que entre los jóvenes que no puedan votar hay más hombres que mujeres y, en cambio, la proporción se invierte con el aumento de la edad. De aquí nuestra gran responsabilidad en esta ocasión, que no podemos desperdiciar. De nuestro voto depende el que surja un Gobierno capaz de resolver los problemas colectivos y de cambiar las condiciones que, como mujeres, consideramos negativas". Con esta valoración comienza el libro "¿Por quién votan las mujeres?", de editorial Avance. Libro breve (poco más de setenta páginas) y de gran claridad, es una de las "Guías electorales Avance", lanzadas ahora con afán clarificador de cara a las elecciones.

Pero el libro es más que una guía electoral. Es una historia de la lucha femenina por conseguir la igualdad de derechos con el varón. A España el voto femenino llegó tardíamente: votaron las mujeres por vez primera en 1933. (Los hombres tuvieron derecho al sufragio universal en 1868). Muchos países se adelan-

taron a nosotros en esa igualdad (Nueva Zelanda, 1893; Finlandia, 1906; Noruega, 1907; Australia, 1908; Unión Soviética, 1917; Italia, 1919; Estados Unidos, 1920; Gran Bretaña, 1928). Señalemos por nuestra parte que el profesor Giménez Fernández en su tesis doctoral de 1922 (preeditada ahora por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla) indicaba como primera fecha para este voto el año 1861, "en que goza la mujer del derecho al sufragio ilimitado en las elecciones políticas de Bohemia, Galitzia y Voralberg". Añade a continuación que en 1889 lo concedía el Estado americano de Wyoming. El profesor Giménez Fernández, partidario del voto, decía: "Toda reforma electoral en España que no estuya el sufragio femenino será incompleta, pugnando con la naturaleza misma del sufragio".

A la pregunta que titula el libro las anónimas autoras responden asegurando que la tendencia del voto femenino no es conservadora. "El desplazamiento del voto de la mujer hacia la izquierda va ligado a la adquisición de una conciencia de su situación como mujer y como ciudadana, y al rechazo de la imagen tradicional de lo que tiene que ser y hacer". De hecho, en España las tres primeras mujeres elegidas en las elecciones constituyentes de 1931 pertenecían a partidos de izquierdas (Margarita Nelken, Victoria Kent y Clara Campoamor) y de izquierdas eran asimismo las dos grandes figuras femeninas de 1936: Federica Montseny y Dolores Ibarruri. En las últimas elecciones italianas, de las sesenta y cuatro mujeres elegidas para el Parlamento cuarenta y siete pertenecen al Partido Comunista, once a la Democracia Cristiana y seis a otros partidos

menores. Así pues, si la mujer a medida que se concienza como ciudadana vota a la izquierda, ha sido la izquierda la primera que ha promocionado a la mujer a cargos políticos. La primera mujer ministro fue Alejandra Kollontai, con Lenin. Y en España, Federica Montseny.

A la hora de preguntarse qué puede la mujer exigir a los partidos políticos y qué pueden exigir éstos a la mujer, la respuesta parece ser la misma: construir una sociedad verdaderamente democrática. ■ V. M. R.

Sobre la esencia del franquismo

Poco a poco, tímidamente, se empieza a estudiar ese vasto fenómeno que condicionó absolutamente la vida española durante casi cuatro decenios, que es el franquismo. Los libros publicados durante la vida del dictador, por muy esforzados y meritorios que fueran, tenían, casi todos al menos, una limitación: que trataban de hablar del régimen como algo ya periclitado o al borde de estarlo. El asunto es que, obviamente, no era así. Es ahora cuando, difícil, trabajosamente, se empieza a poder considerar con cierta distancia histórica la trayectoria del franquismo, precisamente por que lo que se está desmontando es el Estado que se creó a partir del 18 de julio de 1936.

Fernando González es un escritor y periodista sobradamente conocido por los lectores de TRIUNFO. Investigador de nuestra Historia reciente, analista agudo de nuestras realidades políticas inmediatas, amén de sus numerosas colaboraciones en diversos órganos de prensa, tiene

